

Francia y los franceses

Cinco (y más) rasgos franceses

Juan Fernando Pérez

Un país es siempre algo más que sus gentes, pero ante todo es lo que son estas. Teniendo en cuenta la diversidad de gentes que configuran lo que es Francia (diversidad tan amplia como la de todos los países muy poblados), destaco aquí algunos rasgos de los franceses que reconozco como propios de muchos de ellos y que por tanto considero que, entre otros, caracterizan a la Francia de este tiempo.

Uno

En medio de la diversidad, su dúctil relación con la palabra

En efecto, una parte importante de los franceses son ágiles y diestros con la palabra. Hombres y mujeres, los niños y también los mayores, sean de París o de Marsella, habitantes de barriadas, profesores de La Sorbona o pastores de ovejas o de cabras, descendientes de inmigrantes del Magreb, señoritos de una gran ciudad o enfermeros de un hospital cualquiera; también lo son los oriundos de ultramar, aunque algunos de estos portan lo propio de otras culturas, de Oceanía, del Caribe o del África. Sean católicos, judíos, musulmanes o fieles a otras creencias, sean “de izquierda”, “de centro” o “de derecha”. Y todos ellos hacen parte de lo que se designa como “franceses” y conforman su diversidad.

Ya de niños —digamos de siete años—, muchos hablan y aun discuten con seriedad y destreza sobre temas diversos. Sucede, en tanto son educados en general para eso. Una parte significativa de padres y educadores toman la palabra del niño muy en serio desde un comienzo (nunca vi a un francés que se riera en forma necia de un niño por lo que este dijera y,

menos aun, por la forma en que lo hiciera) y a través de estrategias diversas moldean la palabra para que esta diga algo y haga parte esencial de la inserción del niño en la cultura. De esta forma la enriquecen. Lo hacen, a menudo de manera consistente, en la mesa familiar, en el aula, en la intimidad, en los programas de sus instituciones educativas, en el trabajo y en la plaza pública, en las exigencias que se le hacen al otro en la vida cotidiana cuando esto es falseado. Una tal relación con la palabra es reclamada por ellos, aun para mentir.

Dos

De la fuerza de su producción intelectual, de antes y de hoy

Francia se conoce ampliamente por su significativa contribución en múltiples órdenes de la vida intelectual, con especial fuerza a partir del siglo XII (sí, sus espléndidas catedrales góticas). Muchas de sus mejores producciones son referentes esenciales para la humanidad. Pero no pocos piensan que Francia sólo ha producido arte, literatura, filosofía, política y humanidades. Quienes así piensan, suponen que su contribución a la ciencia y a la técnica ha sido escasa. Se trata de un prejuicio. Es claro que hay grandes nombres franceses en la ciencia, en las matemáticas y en la técnica; que allí figuran el matemático René Descartes y el inventor Blaise Pascal; que también están Pierre de Fermat, Augustin Louis Cauchy, Henri Poincaré, René Thom o, actualmente, el joven diputado Cédric Villani entre sus grandes matemáticos; que, en parte, su importante industria es producto de las innovaciones francesas en la técnica que son, sin duda, significativas y muy diversas. Piénsese en

Toulouse y en la historia de la aviación, ciertamente pintada de poesía; o en Saint Nazaire (allí se construyen hoy los mayores navíos del mundo); o en el Centro Espacial de Guayana; o en su contribución a las técnicas de la fotografía y del cine, y en muchos otros campos. Y cabe aquí recordar que Colombia, por ejemplo, tiene que lamentar de la técnica francesa que su importancia en la construcción de grandes canales dio el primer aliento firme en el siglo XIX al proyecto del Canal de Panamá, el cual terminó, como es sabido, con la amputación de la actual Panamá del territorio colombiano, abanderada sin duda por los Estados Unidos, pero alentada y auxiliada por diplomáticos y políticos franceses.

También es notable la contribución de Francia a la biología y a la medicina. Baste pensar en sus grandes botanistas del siglo XVIII, en Louis Pasteur —que no era ni biólogo ni médico, y sin embargo...—, o en el inmenso aporte francés a la medicina desde el siglo XVI hasta hoy, o a la química (fue Antoine Lavoisier, un francés, quien finalmente derrotó la alquimia), o piénsese que la Escuela Normal Superior de París es la institución que ha producido más premios Nobel (varios en el campo de la ciencia), que cualquier otra institución educativa del mundo.

Y, desde luego, está su lugar en la literatura. ¿Quién podría desconocer el valor de sus escritores y poetas, de ayer y de hoy? Nombrar sólo algunos, dando por descontados a Molière, Stendhal, Flaubert, Baudelaire o Proust, sería una enorme injusticia con Balzac y con la brillante pléyade que resta. Otro tanto ocurre en las ciencias humanas y la filosofía; allí están de nuevo Descartes y Pascal, aun cuando antes están Michel de Montaigne y otros; pero, igualmente, está el Siglo de las Luces y su corte de grandes pensadores que forjaron en el siglo XVIII en Francia un esplendor intelectual difícil de igualar, en una época en que están, en otros lares, por ejemplo, Hume o

Kant y otros grandes del pensamiento universal. También es posible señalar, en este campo, ese estremecimiento que vivimos las personas de mi generación en muchas partes del mundo en la segunda mitad del siglo XX con la producción intelectual de Francia de ese período; es decir, con Jean-Paul Sartre, Fernand Braudel, Georges Canguilhem, Jacques Lacan, Claude Lévi-Strauss, Michel Foucault, Georges Dumézil y otros más, o aun con aquellos que los continúan en el siglo XXI, donde brillan nombres como los de Marc Fumaroli, Michel Serres, François Dagognet, Elisabeth Badinter y su esposo Robert Badinter, Jean-Claude Milner, Jacques-Alain Miller, Blandine Kriegel, Patrick Boucheron, para solo citar algunos de los más notables.

Tres

Su sensibilidad estética y su porfía contra el mal gusto

Es posible reconocer el empeño histórico de los franceses en cultivar una sensibilidad estética para la vida, por “educar los cinco sentidos” más allá de lo trivial y lo vulgar. Y, ciertamente, no pocos entre ellos lo han conseguido a través de medios diversos, sin que ello implique pertenecer a alguna élite. Y allí ocupa un lugar importante lo que sucede en la vida cotidiana. Así, por ejemplo, he visto en mesas familiares francesas, o de amigos, en gentes de clase media, discutir con argumentos e interrogando los juicios de autoridad, los regionalismos facilistas que presumen estéticas o gustos obvios, o cuestionar con amabilidad a un niño por la valoración que hace de un pintor simplemente porque es conocido. A veces, lo hacen con erudiciones pedantes, y no siempre pertinentes, pero, aun así, ello puede ser más productivo que la imposibilidad de todo juicio razonado.

Que lo bello haga parte en mucho de sus vidas, en el detalle o en lo mayor, es un rasgo francés comparable con la sensibilidad estética

de los italianos, por ejemplo. En ese sentido, la crítica sin piedad al mal gusto es frecuente en Francia, lo cual conlleva importantes consecuencias, más allá de lo inmediato. Pero, aunque muchos parecerían saber plenamente que el mal gusto degrada la vida, puede no ser raro ver a un conductor francés hurgándose gozosa y despreocupadamente la nariz en un semáforo, o siendo descortés, gratuitamente y con torpe arrogancia.

Su amplio juicio crítico en materia estética les ha permitido a los franceses producir belleza excelsa en muchos órdenes de la vida; por ejemplo, en la morfología de gran parte de sus ciudades, grandes o pequeñas, en sus poblados y en sus zonas rurales. Se la encuentra en los campos de lavanda al sur de Francia, en Versalles, o en los pequeños pueblos de Alsacia. En muchas de las calles, museos, puentes y jardines de París o en su industria del lujo. También en el encanto, muchas veces discreto y tantas veces perturbador, de sus mujeres; o en su inmensa contribución al arte en todos los planos en que este se produzca. En la hermosa distribución de sus jardines “a la francesa”, o en el trabajo de sus artesanos, bien sea de aquellos del vestir, del comer, de la decoración y del diseño; en las vitrinas de sus almacenes o pastelerías. En lo elemental, en lo común, o en lo más singular.

Se conoce su gastronomía, que no solo es variada hasta el asombro y tantas veces exquisita, sino por el cultivo que hacen del buen comer de todos los pueblos para hacerlo suyo. También su música, culta o popular, la cual revela igualmente esa amplia sensibilidad a la que me refiero. Y allí habría que hablar de la Salle Pleyel de París o de la Ciudad de la Música de La Villette; también en París, de los franco-italianos Jean-Baptiste Lully o Ives Montand, de Hector Berlioz o de Edith Piaf, de Olivier Messiaen o de Charles Aznavour y de Zaz, o del cancán, y así, casi indefinidamente.

Cuatro De su vida ciudadana

Un rápido recuento, como este, no debería ignorar algo de lo que es la vida ciudadana hoy en Francia. Quizás un griego de antes de Cristo, o incluso uno de Constantinopla, sentiría en estos tiempos que sus esfuerzos por hacer de la *polis* un propósito nodular para el vínculo social no fueron del todo vanos, si acaso pudiese reconocer algunos logros que en Francia existen en su vida ciudadana. Esto, a pesar de la inequidad que existe en las barriadas de muchas de las grandes ciudades, del sexismo que todavía prevalece y de otras lacras sociales que también les definen. Y no sólo es que haya un fuerte empeño colectivo, en especial a partir de La Bastilla, por la defensa de lo fundamental, por la prevalencia de los derechos humanos, por la libertad de expresión, por hacer de Francia “una tierra de asilo”, o porque se trabaje en favor de la defensa del planeta y de los animales. Es por la existencia, ya casi asimilada la vergüenza por lo abyecto de su insistente colonialismo hasta el siglo xx, del respeto por el otro en general, sea este quien sea.

Desde luego, aún existe una fuerte inclinación racista y el régimen de Vichy todavía se percibe en diversos ámbitos. Marine Le Pen no es un extraño aerolito caído desde otra parte entre los franceses. Pero, hasta ahora, gana el empeño por hacer, de tales absurdos, algo que se combate por muchos, con convicción sincera y con decisión.

Añado un hecho ejemplar al respecto: a un colombiano corriente le asombrará que exista una práctica ampliamente generalizada allí de devolver en forma anónima los objetos perdidos, pues en Colombia casi solo se concibe la idea de objeto encontrado. En Francia, como en otros países europeos y en algunos de otras partes del mundo, se practica espontáneamente y por muchos, la devolución anónima de lo encontrado. Es porque allí se reconoce que el otro, sea quien fuere, merece apoyo en su



Jean-Gabriel Thénot. *Testigos silenciosos*. 1.40 x 3.00 m. Tinta china/Papel Propalcote/madera. 1995-96.
Col. Museo de Antioquia -Medellín

infortunio sin que ello implique deuda o reconocimiento alguno.

Cinco Algunos hechos más que también configuran lo francés

Señalo a continuación, de manera sumaria, tres hechos adicionales que también dibujan algo de lo que es Francia.

A menudo resulta sorprendente, al extranjero que visita a Francia, establecer que, en casi cualquier calle de una ciudad, o aun de sus pueblos, haya un café y una panadería, lujosa o modesta, al alcance de la mano. Difícilmente un francés concibe lo cotidiano sin que haya un café en su vecindario y sin una *baguette* en su mesa, para acompañar un buen queso y un buen vino. Es un estilo de vida, una manera de concebir la amistad y la vecindad.

Los franceses son orgullosos de su historia, hasta la arrogancia; muchos se consideran amigos personales de Montesquieu o de Francisco I. Por ello conservan y cuidan su pasado y han hecho de este una fuente importante

de sus riquezas, de la transmisión viva de su identidad. Esto se expresa, por ejemplo, en la arquitectura de sus ciudades. Algunos describen a París como una *ciudad monumento* por cuanto en ella el culto a lo mejor de su historia es gran parte de lo que la define. Pero esto es visible igualmente en los castillos del valle del Loira, en la grandiosa reconstrucción que hicieron de su pasado medieval en Carcassonne, o en la juiciosa preservación de las cavernas de Lascaux, entre muchos otros hechos.

Francia no sólo es Europa. Sus departamentos de ultramar se encuentran, en Suramérica, con la Guyana Francesa; en el Caribe, con Martinica y Guadalupe, y también con otros departamentos americanos franceses más pequeños; en Oceanía, están la Nueva Caledonia y la Polinesia francesa; y en el océano Índico africano, está la bella isla de La Reunión, que también es un departamento francés.

Juan Fernando Pérez es profesor jubilado de la Universidad de Antioquia y psicoanalista. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.